

CAPÍTULO IV

CORRESPONDENCIA DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ CON ARAGONESES

Manuel Garrido González

Periodista

Una de las características de este santo aragonés que se concluyen al leer algunos ejemplos de su correspondencia es la capacidad para mantener y acrecentar sus amistades que arrancan de los años que pasó en Zaragoza. En la segunda mitad de este capítulo veremos una actitud igual con los barbastrenses, que le trataron físicamente en la ciudad del Vero hasta 1914, o después a lo largo de su vida.

El valor de la amistad

La carta más temprana en el epistolario estudiado la envía monseñor Escrivá a don José Pou de Foxá, sacerdote y catedrático de Derecho Romano en la Facultad de Derecho de Zaragoza, cuando estudió allí el santo. A pesar de la diferencia de edad hicieron buena amistad, que fue creciendo con varios encuentros personales en Madrid y una abundante correspondencia. En la carta aludida, manuscrita y fechada en Madrid el 13 de enero de 1935, le da cuenta de su nombramiento como rector del Patronato de Santa Isabel y entre otras noticias le pide que acepte el encargo de predicar un triduo en la iglesia. Éstas son sus palabras: «Si puede comprometerse a predicar un triduo al Amor Misericordioso, en mi iglesia, en el próximo abril. Es triduo que quieren que sea de *campanillas*... Por eso, le comprometo con tiempo, para, si V. no pudiera –cosa que sentiría mucho– buscar inmediatamente otro señor de *campanillas también*». Termina la carta transmitiendo «cariñosos recuerdos de mamá y mis hermanos para todos ustedes, y, esperando pronto noticias, le abraza»¹.

Dos compañeros y grandes amigos de la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza conservan un buen número de cartas del santo: se trata de don Juan Antonio Iranzo Torres y de don Juan Antonio Cremades Royo. En su correspondencia con éstos y otros aragoneses

vemos textos con noticias entre amigos, en los que aparecen –dentro de un tono de normalidad y naturalidad– referencias familiares, peticiones de oración, deseos de encontrarse y –siempre– una solicitud de súplica a la Virgen del Pilar. Al leerle nos encontramos en todos los casos con cartas escritas *por un sacerdote*, es decir, con textos de una evidente impronta espiritual, reflejo de su intenso amor a Dios y de su hambre de almas². Especialmente en los últimos años se trata de cartas mecanografiadas, en las que no faltan unas palabras al final de su puño y letra. Sí encontramos en las décadas de los años cuarenta y cincuenta más cartas autógrafas.

El cariño se manifiesta siempre en sus cartas, que en ocasiones sustituyen la posibilidad de un encuentro físico, no siempre fácil a causa de la exigente tarea fundacional del santo aragonés, que en 1946 traslada su residencia a Roma. En esta línea escribe a don Juan Antonio Iranzo el 19 de abril de 1948: «Me parece que dentro de muy poco podré darte el abrazo prometido hace tanto tiempo: tengo verdaderos deseos de charlar contigo, y conocer a esa numerosa prole con que el Señor ha querido bendeciros. Seguramente pasaré por Zaragoza a mediados del mes próximo: ya te avisaré, pues no quisiera que coincidiese con una ausencia tuya»³.

El agradecimiento que siempre vivió el fundador del Opus Dei es patente en la carta que dirige desde Madrid a don Juan Antonio Cremades el 30 de abril de 1943. Cremades, entonces gobernador civil de Lérida, había puesto a su disposición un coche para trasladarse urgentemente a Madrid, donde el día 22 había fallecido doña Dolores Albás y cuya inesperada muerte había sorprendido a su hijo predicando unos ejercicios espirituales a un grupo de sacerdotes en Lérida.

La carta, cuyo membrete recoge su cargo de rector del Real Patronato de Santa Isabel, está mecanografiada y dice así: «Muy querido Juan Antonio: No es fácil que olvide nunca las atenciones que tuviste conmigo, con ocasión del fallecimiento de mi madre, q.e.p.d. ¡Dios te lo pague! Quiero hacerte presente cómo me tienes siempre a tu disposición, aunque ya para poco valga, deseoso de corresponder de alguna manera a tu afecto. Saluda a tu mujer, a quien tengo muchos deseos de conocer, besa a tu pequeño, y no os olvidéis de encomendar a mi madre. Te abraza y os bendice, Josemaría». Como vemos en este caso –y también con anterioridad– une en su firma los nombres de José y María, como una muestra personal y entrañable de su devoción a la Virgen. Por el mismo motivo otras veces firmará **Mariano**, el cuarto nombre que recibió en el bautismo.

El Opus Dei y *este pecador*

Desde 1928 san Josemaría dedicará todas sus energías a sacar adelante la misión divina que Dios le hizo ver con claridad el 2 de octubre de ese año: el Opus Dei. Consciente de que esta empresa apostólica sería eficaz para las almas si él mismo luchaba por identificarse con Cristo y contagiaba sus hambres de santidad a otros muchos, monseñor Escrivá fue siempre muy pedigüeño, sabiéndose además –en su humildad– un pobre instrumento en las manos de Dios. Así lo vemos en una carta a don Juan Antonio Iranzo, a quien pide: «No dejes de encomendar al Opus Dei, y a este pecador» (carta de 19-IV-1948).

El fundador –primero desde España y luego desde Roma– impulsa personalmente el apostolado de la primera generación de miembros de la Obra, que van abriendo camino por un número creciente de países. San Josemaría reza, gobierna, impulsa y no duda en viajar para acompañar físicamente a sus hijos. Dos cartas desde Londres y Dublín al que sería arzobispo de Zaragoza, don Pedro Cantero Cuadrado, son muestra de su fe grande y de su audacia en el apostolado: «Te escribo desde Inglaterra, donde Nuestro Señor hace fructificar bien nuestros esfuerzos [...] en estos días –sé que te dará alegría saberlo– hemos tomado posesión de una casa y de unos terrenos, que están dentro del perímetro universitario de Oxford, y los arquitectos preparan el proyecto de un Colegio Mayor» (carta de 9.VIII.1959). Y desde Dublín: «Muy querido Pedro: un abrazo, desde estas tierras, con la alegría de ver a estas hijas y a estos hijos servir a la Iglesia tan bien y con tanta alegría» (carta de 18-VIII-1959).

Este presupuesto imprescindible de la oración para la eficacia de las obras apostólicas seguirá presente durante toda su vida en la tierra. Sabía bien que todos los frutos venían de Dios: «Pedidle por la Obra [escribe a Zaragoza, a don José María Monterde, el 15-XII-1970], para que su Hijo multiplique con frutos abundantes esa tarea nuestra, que es exclusivamente de Él. Con vuestra oración, con vuestra ayuda, y la de tantas almas generosas que nos quieren de verdad, el Opus Dei crece y se fortalece, gracias a Dios».

El sacrificio eucarístico

Numerosas cartas del santo contienen referencias a la santa misa, de donde –en diálogo íntimo con Jesús Sacramentado– sacaba la fuerza para una proyección apostólica cada vez más amplia, «sin prisa y sin pausa, al paso de Dios», gustaba decir. A la vez a su misa remitía las peticiones de

oración por los asuntos más diversos que le llegaban de cualquier punto del mundo. También vemos esta característica en su trato con los aragoneses. «No nos olvide en la Sta. Misa», cierra una carta a don José Pou de Foxá, el 28 de enero de 1935. «Reza mucho por mí y por las intenciones de mi Misa», escribe a don Juan Antonio Iranzo el 27 de febrero de 1973. La misma garantía encontramos en una carta a don José Joaquín Sancho Dronca y a su esposa doña Pilar, el 1 de octubre de 1973: «Sabéis bien que no me olvido de encomendaros diariamente; y podéis estar seguros de que el próximo 12 de octubre en la Santa Misa pediré especialmente a Dios Nuestro Señor y a su Madre Santísima, que os sigan llenando de bendiciones y os concedan una larga vida *in gaudio et pace*».

La abundante correspondencia mantenida con don Juan Antonio Cremades incluye –junto a amplias referencias familiares– la alusión constante de la importancia capital del sacrificio eucarístico para el sacerdote y fundador aragonés: «Seguid rezando vosotros mucho por mí, muy unidos a la intención de mi Misa» (carta de 22-XII-1973); «Durante este tiempo os he tenido particularmente presentes en la Santa Misa» [...]; «Seguid muy unidos a las intenciones de mi Misa» (carta de 19-IV-1975).

También alude en alguna de sus cartas a la libertad y personal responsabilidad que los miembros del Opus Dei tienen –de igual modo que los demás católicos, sus iguales– en las distintas opciones de la vida profesional, política, asociativa, económica... Así lo hace notar a don Juan Antonio Iranzo cuando le escribe que los directores del Opus Dei «tampoco intervienen en cosas que no sean de carácter espiritual o que, por una u otra razón, no se relacionen con las labores apostólicas que la Obra desarrolla, porque cada uno de los socios del Opus Dei es libérrimo en todas las cosas temporales como si no perteneciesen a la Obra» (carta de 19-XI-1964).

El sacerdocio

San Josemaría promovió también la llamada universal a la santidad entre los sacerdotes y era consciente de la profunda proyección apostólica que para la sociedad tiene el trabajo pastoral de los ministros de Dios. Dedicó muchas horas en su vida a la formación y dirección espiritual de sus hermanos en el sacerdocio, abrió el cauce de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz a los clérigos diocesanos y llevó al sacerdocio a cerca de un millar de profesionales, a los que pedía que fueran «sacerdotes cien por cien»¹.

Un sacerdote aragonés, don Javier Cremades, hijo de don Juan Antonio, es citado en la carta que extractamos a continuación y que el santo envía a esa familia con motivo de su ordenación sacerdotal. De nuevo, como siempre, hace hincapié en la oración y destaca la actitud de servicio en lealtad y alegría: «Rezad por él y por todos los nuevos sacerdotes, para que sirvan siempre, con lealtad y con alegría, a la Iglesia y a las almas; estoy seguro de que, con la ayuda de la Santísima Virgen, sabrán ser muy fieles y dar mucha gloria a Dios» (carta de 19-X-1973).

Consciente de la importancia de unir a la vida de piedad una sólida formación doctrinal, el santo aragonés insistió siempre en la necesidad del estudio como medio insustituible para una defensa científica de la fe. Estudió cada día actualizando y profundizando sus conocimientos e hizo estudiar, sabedor de que la ignorancia es el mayor enemigo que tiene Dios en el mundo, como hacía notar con frecuencia. Son numerosas las iniciativas que promovió destinadas al estudio y a la formación, entre las que destaca, por su prestigio y cercanía a Aragón, la Universidad de Navarra.

En relación con este tema, en 1959 la Santa Sede erigió el Instituto de Derecho Canónico dentro del Estudio General de Navarra. Monseñor Escrivá da cuenta de esa noticia a don Pedro Cantero en una carta del 9 de agosto de 1959 y en la que se ve con claridad el espíritu de servicio a la Iglesia que anhelaba para esa iniciativa: «Espero que esa nueva labor docente del Estudio General será de gran servicio de Dios, contribuyendo eficazmente a formar seglares con ideas claras sobre el Derecho Público de la Iglesia; y ayudando a las diócesis a preparar celosos sacerdotes, que sepan llevar las tareas de las Curias episcopales o las docentes en los seminarios. [...] Al ofrecerte el nuevo trabajo docente del Opus Dei, te ruego que lo bendigas y que encomiendes en tus oraciones al Señor toda la obra apostólica que, venciendo *in gaudio et pace* no pocos obstáculos e incomprendiones, con tanto espíritu de sacrificio y –es de justicia– con tanta competencia científica, llevan adelante esos hijos míos de Pamplona que sólo piensan en servir a la Santa Iglesia».

Ese texto –que cierra con un entrañable «Cariñosos saludos a tu buena madre. ¿Cuándo nos veremos?»– expresa su amor a la Iglesia, a la que siempre quiso servir. Ofreció su vida por la Iglesia y enseñó a miles de personas a rezar y vivir unidos al Papa, a los obispos y a los sacerdotes, venerando a los religiosos y alegrándose de los frutos e iniciativas que otras instituciones de la Iglesia tenían. Al mismo tiempo pidió a todos sus oraciones y sacrificios, tal como vemos en una de las muchas cartas que

dirige a su primo hermano don Pascual Albás y su esposa doña Conchita: «Que ofrezca todas las molestias por la Iglesia, que está tan necesitada» (carta de 8-I-1973).

Una muestra de su cariño a los religiosos la encontramos en las cartas que escribe a la madre Teresa Margarita del Espíritu Santo, religiosa salesa, primero a Calatayud y después a Vigo. El 26 de enero de 1973 escribe: «He dicho tantas veces a mis hijos que no tendría el espíritu de la Obra quien no amara y venerara a los religiosos, de manera particular a los que, desde la clausura, dan testimonio al mundo entero de su amor a Dios y a todas las almas».

Agradecido

«Un cántico de acción de gracias tiene que ser la vida de cada uno» (*Apuntes*, 358) dijo el santo la víspera del 28 de marzo de 1975, cuando cumplió sus bodas de oro sacerdotales. En su humildad heroica veía en toda su vida un continuo motivo para el agradecimiento a Dios, actitud que vivía también con los hombres y con el apoyo espiritual y material que tantas personas brindaron y brindan a las iniciativas apostólicas que promueven el Opus Dei o sus miembros.

Por ejemplo, el 15 de agosto de 1954 escribe un saludo a don José Joaquín Sancho Dronda y a su esposa doña Pilar para agradecerles «con toda el alma el afecto que ponen en nuestro Colegio Romano de la Santa Cruz». Es ésta la primera muestra de una profusa correspondencia con ese matrimonio, que se alternará con sucesivos encuentros personales. En ese texto señala también: «Muchos deseos de conoceros personalmente», y concluye: «Rezad por mí, ante la Ssma. Virgen del Pilar».

Una muestra de la especial gratitud que guardó hacia sus maestros la tenemos con don Miguel Sancho Izquierdo, profesor suyo en la Facultad de Derecho y después rector de la Universidad de Zaragoza. Don Miguel recibiría de manos de monseñor Escrivá uno de los dos primeros doctorados *honoris causa* concedidos en la Universidad de Navarra, el 28 de noviembre de 1964. En su discurso manifestó que «me honro de haber sido su alumno en las aulas caesaraugustanas». El 9 de septiembre de 1972, al fallecer su esposa, escribe a su «queridísimo amigo y Maestro: [...] le acompaño –a ud. y a todos los suyos– con tanto cariño en estos momentos de dolor, y estoy entrañablemente unido al sentimiento de toda esa queridísima familia. En cuanto he recibido la noticia, he hecho sufragios por el

eterno descanso de su alma, bien seguro de que el Señor le habrá acogido en su infinita misericordia. Pido también por ud., para que el Señor y su Madre Santísima le conserven la paz y la serenidad cristiana».

En cartas más breves también manifiesta su agradecimiento ante las numerosas muestras de atención de sus paisanos. El 2 de febrero de 1966 agradece a don Ramón Celma, director de «El Noticiero», su carta y unos recortes que le ha enviado: «Me da mucha alegría agradecerle su recuerdo y el cariño que en tantas ocasiones muestra a nuestra Obra». Más adelante, el 25 de noviembre de 1967, destaca su alegría por «haber podido saludaros –a ti y a todos los tuyos– durante mi última estancia en Pamplona».

Don José Joaquín Sancho Dronca conserva también una carta del 15 de septiembre de 1974 con la que envía «unas líneas para agradeceros todo vuestro cariño: el viaje fue estupendo: y yo pienso que me pareció mejor, porque *os murmuramos* muchas veces durante el trayecto. Me dio muchísima alegría veros». Poco después, en una nueva carta, se dirige también a su esposa: «Gracias, María Pilar, por tu visita a la Virgen en Zaragoza: cuando puedas, *dale la lata* de mi parte» (carta de 8-X-1974).

La Virgen del Pilar

Como hicimos notar al principio y hemos visto en los párrafos anteriores, la devoción pilarista fue una constante en la vida del santo. Desde los años en Zaragoza arraigó en su alma una profunda devoción a la Virgen del Pilar, a la que no dejaría de visitar en futuros viajes a la capital aragonesa. Y desde su residencia romana no dejó de encargar y encarecer oraciones a los aragoneses en la Santa Capilla.

«No dejes tú de rezar por mí y por mis intenciones, especialmente cuando tengas ocasión de acercarte a la Santa Capilla para saludar a Nuestra Madre, Santa María del Pilar», escribe a don Juan Antonio Iranzo el 8 de marzo de 1971. «Especialmente –son destinatarios ahora don Pascual Albás y su esposa– os agradezco vuestras oraciones ante la Santísima Virgen del Pilar. También vosotros podéis tener la seguridad de que os encomiendo todos los días en la Santa Misa, con tanto afecto» (carta de 10-I-1972).

Actitud ante las dificultades

La misma actitud vivía ante necesidades humanas, sensible ante las dificultades y problemas que afectaban a sus amigos. En este caso escribe a sus parientes: «Pascual, me da mucha alegría que te encuentres cada vez

mejor; no me olvido de pedir a la Santísima Virgen del Pilar que tu recuperación sea pronta y total. Rezad vosotros por mí y por la Obra, de modo particular cuando vayáis a saludar a Nuestra Madre en la Santa Capilla» (carta de 13-I-1971). Anclado en la seguridad de saberse hijo de Dios, san Josemaría fue maestro de alegría, sembrando la paz que da el convencimiento de que Dios ama infinitamente a sus criaturas –«Dios sabe más», decía– y que no les puede enviar nada malo.

El párrafo siguiente es señal de ese espíritu sobrenatural que luchó por vivir ante las contradicciones que pasó en su vida. E incluye una expresión –¡todo es para bien!– que repetía en latín, síntesis de un texto paulino («Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman»): «No os quedéis chafados por nada: *omnia in bonum!* Aunque se trate de proyectos que nos parecen estupendos, hemos de vivir con alegría todas las aparentes contradicciones que se presenten. Luego, todo sale mejor de lo que esperábamos» (carta a los Sancho Drona, 24-III-1969).

La familia

En la predicación y apostolado de san Josemaría la familia ocupó un lugar principal, refiriéndose al matrimonio como lugar de encuentro con Dios y de la llamada a la santidad. La entrega mutua de los cónyuges, la apertura a la vida, la educación y las virtudes de padres e hijos, fueron temas de su predicación y contenido de numerosos encuentros personales, palabras y cartas.

Esto se aprecia por ejemplo en este texto que dirige a los Sancho Drona y que supone un conjunto de valiosas orientaciones y consejos para la educación de los hijos: «Tened presente que –además del testimonio de vuestra vida, de vuestro afecto y de vuestra piedad– conviene que les enseñéis a administrar su propia libertad personal: así, además de teneros el cariño que deben a sus padres, tendrán siempre con vosotros la sinceridad y la confianza de amigos. Procurad siempre comprenderles» (carta de 25-III-1964).

Cuando el fundador del Opus Dei destaca «esa maravillosa labor humana y sobrenatural de formar a vuestros hijos» (carta de 5-IX-1965) no se sitúa en una postura solemne, alejada de la cotidianidad, de las menudencias de la vida diaria. Por vivir de modo muy fiel los designios divinos sobre su alma está en lo concreto, contagia alegría y optimismo y se interesa por lo que interesa en la vida de cada miembro de las familias, sea cual sea su edad.

Como otras familias los Cremades tienen una buena relación de ejemplos que testimonian lo que decimos. Seleccionamos para este fin únicamente unas pocas líneas de dos cartas. «Tendré –escribe el 16 de septiembre de 1967– una grandísima alegría si venís *todos* a almorzar allí un día conmigo». Y el 30 de abril de 1970 les da «las gracias por vuestra hospitalidad, y para que sepáis que pasé un rato estupendo junto a esa queridísima familia, a la que tanto quiero. A Javier le he dado un abrazo muy fuerte de vuestra parte. Le he encontrado muy bien, mejor –si cabe– que cuando le dejé: como siempre, lleno de alegría y de buen humor, y trabajando mucho».

Los Iranzo tienen también constancia escrita de haber sido objeto durante largos años de la oración a Dios del santo aragonés; así lo muestra una carta de 18 de noviembre de 1967: «Aunque sabéis bien que, a ti y a todos los tuyos, os recuerdo y os encomiendo a diario, te aseguro una vez más que no dejaré de pedir siempre, a la Santísima Virgen del Pilar, que siga llenando de sus bendiciones a toda esa queridísima familia». Y el 27 de febrero de 1973 les escribe de nuevo: «Me da alegría lo que me cuentas de tu familia, y ver cómo el Señor sigue bendiciéndoos».

Varios miembros del Opus Dei que han residido durante muchos años, o residen en Zaragoza, tienen también entrañables pruebas de su cariño de padre, propios de una persona que se desvivía por sus hijos espirituales. Don José Orlandis, catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza, guarda entre las cartas de san Josemaría la que recibió con motivo de su cuarenta cumpleaños.

Manuscrita por su autor, dice así: «Queridísimo Pepe: que Jesús te me guarde. Se acerca tu cumpleaños –¡cuarenta!– y no te han de faltar con anticipación unas líneas mías, llenas de cariño. Te encomendaré especialmente ese día, en la Santa Misa, y estoy seguro de que todos tus hermanos en Zaragoza, y muchos en tantos sitios del mundo, se unirán a mí, para pedir al Señor y a Nuestra Madre del Cielo que te llenen de gracia, de alegría y de eficacia en tus trabajos de hijo de Dios. Te abrazo con toda mi alma. Reza por mí. La más cariñosa bendición de tu Padre, Mariano». Y al final de la carta monseñor Álvaro del Portillo, que fue obispo prelado del Opus Dei y entonces secretario general de la Institución, añade: «Muy querido Pepe: como ves, el Padre no se ha olvidado de tu cumpleaños. Y yo, tampoco. Te encomiendo para que seas *bueno y fiel*, como dice el Padre. Un abrazo muy fuerte, Álvaro» (carta de 25-IV-1958).

Don Vicente García Chust, sacerdote valenciano que vivió mucho tiempo en Zaragoza, donde desarrolló una extensa labor sacerdotal hasta su

muerte, recordaba una anécdota bien expresiva del cariño de monseñor Escrivá por sus hijos. «Hacia el año 1963, en las cartas que frecuentemente le escribía al Padre, por no haber estado nunca en Roma, le solía decir con algo de buen humor y muchos deseos de pasarme unos días junto a él, que por no haber estado en Roma, me faltaba la nota de la unidad y de la romanidad». Don Vicente añade que en una de las visitas del fundador a Zaragoza, en 1964, en una tertulia en el Colegio Mayor Miraflores, «se me quedó mirando y le dijo a D. Florencio (se trata del doctor Sánchez Bella, entonces consiliario del Opus Dei en España): *cuando Vicente se sienta cansado, que se venga a pasar unos días a Roma, para ver todas las grandes obras de arte que no ha visto*». Don Vicente concluye la narración señalando que «sabía que el Padre nos conocía bien a todos, aun entonces cuando éramos muchos, pero tener el recuerdo de mis cartas me dejó muy conmovido y admirado por la delicadeza y el cariño por todos».

El industrial don Antonio Rico Gambarte, otro caso de aragonés por adopción, conservaba también una carta manuscrita que monseñor Escrivá le envía el 22 de octubre de 1951: «Queridísimo: que Jesús te me guarde. Muy contento de ti. Lleva con alegría este bache, que durará poco tiempo. ¡Cómo me gustaría verte! Me dicen que lo de Bilbao ha estado magnífico: ofrece tu aparente inactividad por aquella labor y por el Colegio Romano. Un abrazo muy fuerte, y la bendición de tu Padre, Mariano».

La enfermedad

Esas mismas entrañas de padre le llevan a acudir solícito en cuanto conoce que alguna persona pasa por un período de enfermedad o de dificultades. «Acabo de recibir vuestra carta –señala a don Mariano Rubio Rubio el 31 de enero de 1972– y os escribo enseguida para deciros que no dejo de pedir a Dios Nuestro Señor, por intercesión de la Santísima Virgen, que nos cure a María Belén, si esa es su Voluntad Amabilísima. Estoy muy unido a toda esa queridísima familia, y me consuela mucho saberlos a todos serenos y con paz».

San Josemaría veía en la enfermedad una muestra del querer divino y movía a los enfermos a ofrecer sus dolores, animándolos a aprovechar esa parte de la Cruz que el Señor permitía hacerles notar especialmente. Al mismo tiempo animaba a todos a cuidar la salud, también para aprovechar a fondo todas las fuerzas en servicio de Dios. Estas ideas se subrayan en dos nuevas cartas a los Sancho Dronda: «Encomiendo también que José Joaquín se reponga pronto: tienes que descansar lo que sea necesario y, sobre todo, seguir las indicaciones de los médicos: hay mucho trabajo,

como tú dices, y debemos mantener todas nuestras fuerzas para la mayor gloria de Dios y para el bien de tantas almas» (carta de 5-IX-1965). Y el 4 de febrero de 1969 escribe: «Vuestras noticias me han llenado de alegría, al ver que María Pilar ya está mucho mejor: no te descuides y sigue siempre los consejos de los médicos; obrando así sabes que agradarás a Dios».

Su amor a Aragón

Las cartas de san Josemaría Escrivá traslucen también un profundo amor a su tierra natal aragonesa. En otros capítulos de este libro se desarrollan ampliamente sus etapas barbastrense y zaragozana, así como su continua relación el resto de sus días, lejano el primer tercio de su vida que pasó físicamente en Aragón. Y a la vez que ejerció de aragonés y de barbastrense, monseñor Escrivá combinó siempre el amor a sus raíces con una mentalidad universal, con un espíritu abierto a querer las personas y las realidades nobles de un mundo «que es bueno, porque ha salido de las manos de Dios», como decía. Un mundo poblado por «una sola raza, la raza de los hijos de Dios», afirmaba también⁵.

Esa apertura era también una señal del contenido universal de la espiritualidad del Opus Dei, querido por Dios para personas de las procedencias más variadas. En esa compatibilidad entran expresiones como «mi queridísima Zaragoza» (carta a don Juan Antonio Iranzo de 19-XI-1964), «bien a pesar mío, no podré detenerme en Zaragoza esta vez» (carta a los Cremades de 16-XI-1967) o «con la más cariñosa enhorabuena por el trabajo que has desarrollado a lo largo de tantos años, en beneficio de nuestra querida tierra» (carta a don Juan Antonio Iranzo de 20-I-1972).

Monseñor Escrivá, que recibió en vida sucesivas distinciones de los aragoneses, estaba puntualmente informado de la marcha de esta región a través de la lectura, de encuentros personales o de viajes. A don Ángel Canellas le agradece el 6 de abril de 1968 «el ejemplar del primer volumen de los Anales de Aragón que ha tenido la amabilidad de enviarme, y que he recibido con la alegría y el interés que siempre tengo por las buenas publicaciones que tratan la historia de mi queridísima tierra».

Don Juan Antonio Iranzo le envía en diversas ocasiones libros sobre Aragón que su amigo agradece enseguida, haciendo notar su vinculación constante con su tierra natal. Son dos muestras de los años 1968 y 1973: «La leeré con el interés que siempre tengo por el progreso y el desarrollo de mi querida tierra aragonesa». Y «la leeré con tanto cariño, como todas

las cosas que hacen referencia a nuestra tierra aragonesa. No dejes de dar las gracias de mi parte a José Gella y a todos los demás que han intervenido en este trabajo».

Entre otras iniciativas promovidas bajo el impulso espiritual de san Josemaría Escrivá de Balaguer, el santuario de Torreciudad es quizá la muestra más palpable, no sólo de su amor a la Virgen sino de su interés por el progreso espiritual y material de los aragoneses. Así se ve en la carta de felicitación a don José Joaquín Sancho Dronca cuando es nombrado hijo adoptivo de Barbastro: «Como barbastrense, te agradezco todo lo que haces por aquella tierra, bien seguro de que Nuestra Madre de Torreciudad se encargará de aprovechar todo el progreso de esa comarca, para que sus hijos sean más fieles al Señor, y se fomente siempre más el ambiente cristiano entre todas las familias» (carta de 8-X-1974).

Una tertulia en Barcelona

En octubre y noviembre de 1972 monseñor Escrivá realizó un viaje por España y Portugal durante el cual se entrevistó con numerosas personas y tuvo encuentros multitudinarios con gente de todo tipo. A los que acudieron a escucharle les habló de la práctica de los sacramentos, de la santificación del trabajo y de la búsqueda de la santidad en medio del mundo.

Una de estas tertulias tuvo lugar en el polideportivo de la Escuela Deportiva Brafa en Barcelona, el domingo 26 de noviembre, y a él acudió un numeroso grupo de aragoneses, entre los que se contaban varios barbastrenses. Con éstos «estuvo en privado Monseñor Escrivá, que saludó especialmente y abrazó a amigos suyos y condiscípulos de su infancia en Barbastro. [...] Os veré a todos en Barbastro», se lee en el semanario barbastrense «El Cruzado Aragonés» del 2 de diciembre.

Este nuevo encuentro con barbastrenses genera también una cariñosa correspondencia con varios de los asistentes. Así doña Adriana Corrales –con cuya familia mantuvo amistad desde la infancia– le escribe el 2 de diciembre para desearle «que estés ya descansando de tu viaje. Han sido dos meses de un trabajo intenso y me da miedo se resienta tu salud». Doña Adriana concluye escribiendo que «me emocionó mucho verte y luego oírte. Lloré mucho y pensé en tus padres y hermanos y les ofrecí mi Comunión. Mi hermana Esperanza se emocionó mucho al saludarte, te escribirá».

El 13 de diciembre monseñor Escrivá le contesta «que me dio una gran alegría veros –a ti, a Esperanza y a todos esos amigos de Barbastro–, y

para agradecer tu carta. No me olvido de pedir a la Santísima Virgen por tu salud. Tú no dejes de rezar por los frutos espirituales de este viaje que duró dos meses, y también por mí».

También le escribe don Modesto Pascau: «Tuve la dicha –afirma– de asistir a los actos en Brafa y disfrutar viéndoos tan estupendamente en lo físico, con tanta vitalidad tras tantos viajes y actos de multitudes y con tan claros y rápidos reflejos en vuestras contestaciones». Por su parte doña Esperanza Corrales le dice que «ya puedes figurarte la ilusión que me hizo verte en Barcelona, después de tantos años y recordé los ratos que había pasado en tu casa con tu mamá y Carmen [...] Que Dios te dé mucha salud y puedas seguir haciendo tanto bien como haces».

Con relación a ese encuentro barcelonés se conserva también una carta de monseñor Escrivá de Balaguer al alcalde Gómez-Adrós en respuesta a la felicitación por su santo: «Unas líneas para agradecer tu cariñosa felicitación, con motivo de la fiesta de San José, y tus oraciones –que sé que no me faltan nunca– por la Obra y por mí. Te encomiendo con mucho afecto, y pido al Señor y a la Santísima Virgen de Torreciudad que os llenen de sus gracias: a ti, a los tuyos y a todos esos queridísimos paisanos. Te ruego que agradezcas también la felicitación, a los miembros de la Excm. Corporación Municipal. Me dio mucha alegría tener ocasión de charlar con tantos barbastrinos en Barcelona» (carta de 24-III-1973).

Por su parte el sacerdote barbastrense don Santos Lalueza, que le trató desde 1943, en la felicitación navideña de ese año señala que «lamenté mucho no poderme llegar a Barcelona para verle, pero no me atreví por mi estado de salud. A los que fueron les hizo mucho bien». Unas líneas antes le asegura que «pediré al Señor, en mis pobres oraciones, que le dé a Vd. muchos años y muchas fuerzas para que siga animando a sus hijos en esta siembra tan estupenda que están realizando».

Enero de 1974: viaje de barbastrenses a Roma

El 28 de enero monseñor Escrivá recibió en la sede central del Opus Dei a un grupo de barbastrenses –con el alcalde entre ellos– que habían viajado a Roma para asistir a la canonización de Teresa Jornet Ibars, fundadora en Barbastro de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. A su regreso los comentarios de ese encuentro motivaron varias cartas:

–«Todos los que estuvieron en esa estos días vienen encantados, lo mismo de los actos de la canonización de la Santa Madre Teresa de

Jesús Jornet, que creo fue precioso y emocionante. También me cuentan lo amable y cariñoso que estuviste con todos los de Barbastro» (doña Adriana Corrales, 1-II-1974).

—«Quiero escribirte para que sepas en primer lugar lo sabroso que me fueron los abrazos que por ellos me enviaste y que todos con efusión me transmitieron y el grato recuerdo que de mí guardas me sabe como vulgarmente se dice a gloria. Con detalle contaron su encuentro contigo, emocionados de la afabilidad, trato exquisito y acogida cariñosa que les prodigaste, no podía ser menos del mejor hijo de Barbastro. En todas las tertulias se hablaba de tan memorable visita que a los que tanto te queremos nos llenó de satisfacción y casi de santa envidieta no haber estado presentes» (don Martín Sambeat, amigo de la infancia, 25-II-1974).

—«Estuve con el corazón junto a Vos en la gratísima visita que le hicieron los barbastrenses, que regresaron muy felices de poder estar junto a Vos. ¡Cómo presumen los barbastrenses que le visitaron enseñando la medalla con la cual les obsequiásteis, que les hizo muy felices!» (don Modesto Pascau, 11-II-1974).

—«Que Dios le pague a Vd. tanto cariño y tanto interés por esta tierra» (don Santos Lalueza, 15-III-1974).

—«En el recuerdo de todos y cada uno quedarán para siempre las dos agradabilísimas horas pasadas en vuestra compañía y lo que es mejor el repiqueteo de vuestros consejos y consideraciones [...] la verdad es que los hechos superaron en mucho lo previsto. ¡Si viérais lo satisfechos y contentos que todos salieron al abandonar vuestra casa! [...] Yo quisiera creer que si grande fue nuestra satisfacción también vos vivisteis una gratísima jornada y creo saber que la emoción y la alegría vuestra nos la contagiábais a todos y ese todos era vuestro Barbastro, nuestro Barbastro que se había acercado a Roma, a vuestra casa para ofrecer una vez más sus respetos y deciros cuánto os queremos y cuánto os veneramos» (don Manuel Gómez Padrós, 7-II-1974).

Centro Cultural Entrearcos

A comienzos de los años setenta el arquitecto don Heliodoro Dols entregó en el ayuntamiento de Barbastro el anteproyecto del edificio –un centro destinado a la formación de la mujer– que se levantaría sobre el solar que ocupó la casa natal del santo.

El 27 de julio de 1972 don Manuel Gómez Padrós le comunica, entre muchas otras noticias de la ciudad, que «la casa donde vos nacisteis ya está derribada y en el solar, aunque no de muy grandes dimensiones, pronto empezará a subir su nueva estructura».

En una carta a don Santos Lalueza encontramos unos párrafos muy significativos de lo que deseaba monseñor Escrivá con ese nuevo instrumento, al que pretendía desligar de todo lo que pudiera verse como un recuerdo personal. Es respuesta a una carta de don Santos de 14 de agosto de 1972, en el que éste señala: «Otra cosa que a mí me ha dado mucha pena, aunque a Vd. no. Y es que su casa natal está ya reducida a solar. Me ha dolido. Comprendo que soy un poco romántico y me hubiera gustado verla, rejuvenecida sí, pero con el viejo sabor de siempre. Ya sé que lo que allí surgirá será muy bueno, pero yo soy así. Me da pena. La veía todos los días desde el balcón de mi casa...».

«Me contestó como siempre –recordaba don Santos en diciembre de 1991– y, con mucho afecto, me decía las razones que había que tener en cuenta para sustituir la que había sido casa de su familia por una nueva construcción que albergaría una labor social. La carta está fechada en el 11 de septiembre de 1972 y, en su primer párrafo, alude a que lo que yo pensaba había sido su primer pensamiento, pero que después había visto conveniente cambiar. En este párrafo se ve que no le gustaba que quedase ahí, en el centro de Barbastro, un monumento de piedra a su memoria, sin más utilidad. Prefería que lo que quedase fuera una labor espiritual en bien de las almas de sus paisanos».

Así lo dice: «También pensé, de primera intención, rogar a esos amigos que dejaran las cosas como estaban. Después, dos motivos me hicieron cambiar de parecer: no era razonable dejar en esa querida ciudad una especie de *memoria* mía personal, aunque tuviera recuerdos tan entrañables para mí, porque me resultaba innecesario e infructuoso; y en primer término, porque es mejor preparar un nuevo instrumento, aunque sea modesto, que sostenga vivo en Barbastro el espíritu que yo he recibido de Dios».

Y seguía después contando cómo se edificaría el instrumento material para esta labor apostólica: «Para esto se hacía imprescindible tirar la casa vieja, construida con vigas de madera y con medios tan poco seguros como los que se empleaban en épocas pasadas. Sobre el solar –que ha quedado más reducido, porque se ha cedido al municipio, gratuitamente y con mucho gusto, un trozo a lo largo de toda la calle, para ensancharla–,

sobre ese solar, decía, y adquiriendo otro, que es lo que están tratando de conseguir, se levantará de planta un edificio que *funcione*, con el material ordinario en la Región, pero fuerte, que sirva para trabajar habitualmente por las almas, y ojalá durante muchos años».

El último párrafo volvía a la primera idea de conservar la casa antigua, tal como don Santos le proponía en la carta que le escribió un mes antes: «No puedo negarle que también a mí, por el cariño y por el agradecimiento que tengo a mis padres, me ha dolido la situación. Pero entiendo, sin duda alguna, que así es como contribuirá aquel rincón de Barbastro a hacer cada vez más cristiano a mi pueblo».

La reducción a solar de la antigua casa natal evoca también el sentimiento y los recuerdos de su amigo don Martín Sambeat. Así le escribe el 29 de agosto de 1972: «Terminada la obra de demolición de tu casa para levantar otro edificio más del tiempo actual y cuyo proceso seguí día a día haciendo que los efectos de la piqueta demoledora trajeran a mi recuerdo días felices de infancia y nostalgia en el presente, ya que el balcón corrido de su fachada principal me hizo ver en más de una ocasión al amigo Josemaría, tranquilamente sentado en el suelo de la repisa con su tapalotodo, con las piernas entre los barrotes suspendidas por fuera del mismo y la panda de zagales debajo animándote a que participaras en nuestras andanzas. Qué lejos estamos ya de días tan felices y de los que podíamos enumerar tantas y tantas travesuras infantiles».

Los trabajos de construcción de Entrecarcos comenzaron en abril de 1975 y terminaron dos años más tarde. Don Santos Lalueza cuenta en la felicitación que por su santo dirige a monseñor Escrivá el 17 de marzo de 1975: «Hace una semana me dijo Heliodoro que era inminente el comienzo de la obra de Barbastro. No sé cómo le agradecerán estos paisanos suyos lo mucho que Vd. hace por ellos».

Cartas sobre la concesión de la medalla de oro de Barbastro

El 18 de junio de 1971 el alcalde, Gómez Padrós, comunica a monseñor Escrivá el inicio de las gestiones municipales para la concesión de la medalla de oro de la ciudad⁶. Pocos días después, el 28 de junio, monseñor Escrivá contesta al alcalde «para daros las gracias, a ti y a todos los que han intervenido, por el honor inmerecido que me hacéis. Cada día que pasa, me siento más unido a mi ciudad de Barbastro y a todos los barbastrinos: mi recuerdo y mi cariño son muy hondos, y están por encima

de cualquier honor y reconocimiento, que –como he dicho– no merezco. De todas formas, como lo habéis decidido así, aprovecharé la oportunidad cuando sea conveniente, para estar entre vosotros y deciros de palabra cuánto agradezco vuestras continuas pruebas de afecto».

El 4 de agosto de 1971 don José María Pueyo, primer teniente de alcalde, le escribe y señala que «ya ha llegado la autorización del Ministerio de la Gobernación, y que yo fui encargado en Sesión Plenaria del Ayuntamiento de Barbastro, para abrir el expediente que se tiene que formalizar en estos casos: encargo que muy gustoso acepté y que ya está en marcha. Ya le tendré al corriente de todo». Cinco días después es el alcalde quien contesta en una larga carta a monseñor Escrivá para decirle que «traslado vuestras gracias a todos los compañeros de Corporación, quienes se sentirán honradísimos con vuestra demostración de reconocimiento. ¡Con cuánta alegría esperamos poder hacer efectiva la entrega de esta distinción porque ello, además, nos permitirá teneros entre nosotros!».

Días antes de que el Pleno de la Corporación resolviera definitivamente el expediente (Pleno del 17 de septiembre de 1974), el alcalde le escribe que «para nosotros será la culminación grandiosa de una concesión que pensamos para vos con la mayor ilusión y con los mayores deseos de perpetuar, con un hecho más, el cariño y el aprecio que os tenemos». En carta del 3 de octubre de 1974 monseñor Escrivá agradece de nuevo al alcalde esa distinción y afirma que «yo también espero con ilusión que el Señor me conceda la gracia de poder reunirme, en fecha próxima con *mis paisanos*. Lo espero y lo deseo vivamente, porque estoy convencido de que –aunque me resulta imposible imaginarlo– aumentarán mi cariño y mi oración por Barbastro y su comarca».

Una vez entrado el año 1975, en el mes de marzo la prensa regional se hizo eco de diversos rumores que apuntaban a que el acto se celebraría en ese mes, quizá aprovechando el regreso de monseñor Escrivá de su último viaje apostólico por varios países de Sudamérica. Estos rumores aparecen citados en algunas cartas.

Así doña Esperanza Corrales le escribe el 15 de marzo que «creíamos que estos días venías por aquí y estábamos todos muy contentos, pero nos enteramos lo has dejado para más adelante». Con carta de la misma fecha el alcalde recuerda que esos días fueron «muy expectantes, en las que todos vuestros paisanos participaron de este auténtico deseo de veros y besar vuestra mano. Puedo aseguraros que fue Barbastro un auténtico

hervidero en el que todo el mundo esperaba ansioso el reencuentro con su Hijo Predilecto». En la respuesta de 24 de marzo monseñor Escrivá confirma que «espero, con ilusión, el momento de ir a mi queridísima ciudad para charlar con mis paisanos».

Otras cartas que le escriben para felicitarle por su santo se refieren a lo mismo. Don Santos Lalueza señala el 17 de marzo: «Celebraré que su viaje reciente a América haya sido muy bueno para las almas y no haya sido malo para su salud. A su regreso le esperábamos por aquí, pero ya supimos que fue imposible. Otra vez será».

También doña Adriana Corrales le escribe una carta llena de cariño: «Con las ganas que tengo de verte y de oír esas cosas tan bonitas que dices, estaba ilusionada con tu venida y me entristeció saber lo dejabas para más adelante, pero así hará mejor tiempo [...]. Cuídate mucho pues aún tienes mucho trabajo evangélico».

Torreciudad en la correspondencia

La primera referencia escrita de monseñor Escrivá a Torreciudad es del 3 de abril de 1956, cuando solicita información sobre la existencia de la ermita a don Francisco Izquierdo Trol, deán del Cabildo de la catedral de Barbastro: «Agradeceré que me diga si existe, dentro de esa diócesis, un santuario o ermita de Nuestra Señora de Torreciudad o Torre Ciudad. En caso afirmativo, no deje de enviarme cuantos datos pueda».

Desde el primer momento el santo barbastrense es muy claro al referirse a los fines del santuario, al para qué de lo que él mismo calificaba de «locura». Así aparece en una carta que dirige a don Modesto Pascau el 13 de junio de 1964, cuando el arquitecto comenzaba a delinear su primer proyecto de Torreciudad: «Recibí tu cariñosa carta, que he agradecido de veras. Me ha dado mucha alegría saber que participaste en la peregrinación a Torre-Ciudad: no dejes de rezar, para que sea muy fecunda la labor apostólica que se hará en aquel Santuario, en bien de tantas almas. Te agradezco la fotografía de la imagen de la Virgen que me has mandado».

Don Modesto Pascau le había escrito el 2 de junio para contarle que estuvo en Torreciudad el mes anterior, cuando «volvió la Virgen a su Santuario y la acompañó a pie desde Bolturina con amigos barbastrenses mezclados con aquel gentío que vivimos aquella hermosa mañana. Yo había estado ya varias veces en Torre-Ciudad e incluso en mi juventud fui a pie desde Barbastro, porque en mi niñez también yo, como Monseñor, fui ofrecido a la Virgen y en mi niñez me llevó mi santa madre».

Reconstrucción de la ermita

Antes de la construcción del santuario el Patronato de Torreciudad reconstruyó la ermita y contribuyó también a continuar y revitalizar el culto a la Virgen. Se promueven las romerías con la posibilidad de confesarse los que lo deseen y la celebración de la misa. El 26 de mayo de 1968 don Modesto Pascau vuelve a escribir a monseñor Escrivá y le cuenta el ambiente de la romería celebrada ese mismo día.

Pascau da cuenta de detalles de las mejoras que se iban haciendo y el aumento en la afluencia de fieles. «En el santuario luz eléctrica este año (el año pasado estaba el teléfono y por él transmitieron a Radio Huesca la romería); muchos coches aparcados entre grandes piedras y matorrales y a la vista ya el nuevo trazado de la carretera que nos acercará más Torreciudad a Barbastro». Otras expresiones, como «día espléndido», «día de romería llena de fe y de santa alegría», «lleno de felicidad», «recuerdo que os sirva de descanso», son sintomáticas de que se iba cumpliendo aquello que buscaba monseñor Escrivá al pretender una continuidad en el espíritu de oración y penitencia que desde siglos atrás tenía el ambiente de la ermita.

Le alegran mucho a monseñor Escrivá estas noticias contadas desde Barbastro y con las gentes del lugar como protagonistas. Y contesta enseguida, el 6 de junio, a don Modesto Pascau, con su satisfacción por «saber que mis queridísimos paisanos acuden al Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad, con fe y devoción de hijos, para honrar a la Madre de Dios. ¡Cuánto me hubiera gustado hacer la Romería con vosotros!».

Oración y limosnas

En 1968 el Patronato de Torreciudad continúa buscando la colaboración de miles de personas que hagan posible ese proyecto. Siguiendo las enseñanzas del santo pedirán oración y limosnas según las posibilidades de cada uno. En esa carta a Pascau se refiere a este modo de proceder: «La labor que allí se quiere realizar es enorme. Pero una obra de piedad mariana, de cultura y de investigación histórica tan importante, necesitará una cooperación proporcionada a su magnitud. Estoy seguro de que con la colaboración de todos –particularmente con la de los habitantes del antiguo Reino de Aragón– y con la ayuda de Dios, que no faltará, se ha de conseguir un gran bien para las almas de todo el mundo». La confianza en Dios, la magnanimidad y una proyección universal de esta eficacia sobrenatural, aparecerán como una constante en todo lo que abrigaba el santo acerca de Torreciudad.

El final de la carta a don Modesto Pascau es muestra también de su cariño: «Con un afectuoso saludo para tu mujer y para cada uno de nuestros amigos barbastrenses –no dejes de manifestarles el cariño con que les recuerdo y les encomiendo siempre–, te abraza y te bendice [...]. Di a los queridísimos Martín Sambeat y a Luis Lacau, que tengo muchos deseos de veros, de abrazaros y de charlar un rato con vosotros».

«El arma del Opus Dei no es el trabajo, es la oración», vivía y repetía san Josemaría. Ahí radicaba la base de una eficacia que no puede explicarse con criterios de otro tipo. Rezar y hacer rezar fue su «fórmula mágica», el punto de partida que aplicaba a todo. En el caso de Torreciudad es así también. Leemos, por ejemplo, en la carta que dirige a don Benjamín Plaza Bardají, director de «El Cruzado Aragonés», el 21 de mayo de 1969: «No os olvidéis de rezar por la futura labor de Torreciudad, que ha de ser un medio maravilloso para que Nuestra Señora acerque muchas almas al amor de su Hijo».

Al concejal don José María Pueyo le dice en septiembre de 1968 que «encomendamos al Señor la labor apostólica que, bajo la protección de su Madre Santísima, va a realizar el Opus Dei en esa queridísima tierra». Tres años después, el 4 de junio de 1971, escribe a doña Adriana Corrales que le alegra mucho «leer todo lo que se refiere a Nuestra Señora de Torreciudad, y comprobar cómo sigue vivo y cómo aumenta el cariño que, por generaciones, desde hace tantos siglos, le vienen manifestando los barbastrenses y los habitantes de esas comarcas».

Labor apostólica en y desde Torreciudad

Junto a las noticias sobre Torreciudad la repercusión de la difusión de la espiritualidad de la Obra en la comarca aparece también en la correspondencia que se conserva. Entre otros don Santos Lalueza le escribe en diciembre de 1970: «Que Dios les siga bendiciendo y aliente la excelente labor que están haciendo por estas tierras tan queridas».

Por su parte doña Adriana Corrales –quizá la barbastrense que más le escribe, junto al alcalde, Gómez Padrós– le cuenta en marzo de 1971: «Las señoras jóvenes se reúnen en grupo y hacen labores para cuando esté la iglesia de Torreciudad. Ellas tienen buena vista –doña Adriana padecía entonces una enfermedad de los ojos– y pueden hacerlo, y, sobre todo, tienen entusiasmo. El primer martes de mes tenemos las señoras retiro en la Catedral, una horita que se pasa deprisa y después la Santa Misa. Todo esto te lo digo porque sé te agrada saberlo. Los señores se reúnen los jueves y sé están muy contentos».

En su respuesta de ese mismo mes, monseñor Escrivá manifiesta su satisfacción por lo «que me cuentas de la labor apostólica que se realiza, bajo la protección amorosa de Nuestra Señora de Torreciudad, en mi queridísima ciudad de Barbastro».

El agradecimiento hacia esta labor por parte de los barbastrenses aparece en las cartas de su amigo de la infancia, don Martín Sambeat, quien el 27 de abril de 1971 le manifiesta «nuestro sincero y cordial afecto y también a tu Obra, que tanto bien espiritual vemos hace y a la que aportamos nuestro grano de arena; estamos en amistosa relación con los miembros aquí residentes y de años antes con los de Barcelona, Zaragoza y Madrid, que se ganaron nuestras simpatías».

También rebosa cariño don Santos Lalueza: «La labor que aquí están realizando es estupenda y Torreciudad comienza a ser un foco de verdadera espiritualidad» (carta de 21-XII-1971). Un año después le asegura oraciones «para que siga animando a sus hijos en esta siembra tan estupenda que están realizando». Y cuando termina 1973: «Es una delicia para el espíritu el ver lo mucho y bueno que se hace en Torreciudad y todo sin lanzar las campanas al vuelo. Ya las repicarán los ángeles arriba».

El ritmo ágil de los trabajos de construcción del nuevo santuario es también objeto de los comentarios de quienes suben a rezar a la ermita y que esperan con ilusión el final de las obras. En 1972 se han levantado ya los centros de formación social y el santuario da ya los primeros pasos, de tal forma que puede aventurarse un final no muy lejano. El 12 de marzo de 1972 don José María Pueyo escribe al fundador del Opus Dei y le cuenta que «hace una semana visité la ermita y quedé maravillado de la marcha de las obras. Qué gran centro mariano se adivina». Dos días después escribe doña Adriana Corrales con noticias de Torreciudad y de la labor apostólica en Barbastro: «Mucha ilusión te haría ver cómo se van realizando las obras de Torreciudad. Yo, cuando doy una escapada, me quedo asombrada al ver lo rápido que va todo, queda precioso y aunque no sea más que de lejos se puede apreciar ya lo grande y magnífico que va a ser». Adriana le cuenta que en el retiro mensual en la catedral «cada día somos más las que asistimos. Yo, ya retirada ahora, no me perderé ninguno».

Este mismo contenido sobrenatural se aprecia en toda la correspondencia de estos años desde y hacia monseñor Escrivá: la confianza en Dios y la finalidad espiritual de lo que estaba creciendo en el Somontano de Barbastro caracterizan la vida de un hombre que quería ser –según sus

propias palabras– «un sacerdote que sólo habla de Dios». Una muestra más son sus palabras al matrimonio Sambeat el 5 de junio de 1972: «Dos líneas para agradecer tu cariñosa carta, Martín, y sobre todo las oraciones que dirigís al Señor y a Nuestra Madre de Torreciudad por la Obra. Me da mucha alegría saber que, alguna vez, asistes a la Santa Misa en Torreciudad, y que tanto Lola como tú rezáis por mí».

En julio de 1973, desde Las Vilas del Turbón, don Martín Sambeat señala «la ilusión con que esperamos el final de las obras para poderte abrazar. Aquello es maravilloso, cuantos visitan la ermita regresan entusiasmados de tanta grandiosidad y qué orgullosos nos sentimos los barbastrinos». Y en la respuesta de 18 de octubre destaca su alegría por «ver el cariño y la ilusión con que todos mis paisanos seguís las obras de Torreciudad, y los pequeños pero generosos sacrificios que ofrecéis a Nuestra Señora. Cuando tengáis ocasión de ir por allí, no dejéis de pedirle a Nuestra Madre por mí y por mis intenciones».

Según nos acercamos a 1974 la visión del nuevo santuario ofrece una panorámica que parecía increíble muy pocos años antes. En Barbastro se espera con impaciencia el final de las obras –pendientes partes importantes, como el retablo y la explanada– y se aguarda con mayor ilusión al pensar que ese momento supondrá por fin una visita pública de monseñor Escrivá a su tierra natal.

En la Navidad de 1973 el alcalde, Gómez Padrós, califica de «maravilloso» el conjunto, «un auténtico sueño que en estos momentos está ya casi plasmado en auténtica realidad». En marzo de 1974 monseñor Escrivá se hace eco en carta al alcalde de la visita de los barbastrenses que tuvo en Roma y cree cercano el momento de viajar a Barbastro: «Tengo muchos deseos de acercarme por esas tierras, y espero que la Santísima Virgen me conceda algún día esa ocasión: como buen hijo de mi Madre, quiero ponerme a los pies de Nuestra Señora de Torreciudad».

Generosidad en el culto

La devoción a la Virgen de Torreciudad continúa presente en las cartas que se conservan del año 1974. Monseñor Escrivá insiste en un aspecto nuevo, que se refiere a la pobreza, compatible con la generosidad en el culto divino.

Desde esta perspectiva se construyó Torreciudad y el santo se refiere a ella en varias cartas de 1974. El 30 de marzo escribe a los Sambeat:

«Habréis visto que todos esos edificios, aunque están hechos con gusto y con cuidado y con limosnas de todo el mundo, son cosa corrientita por el material que se ha empleado, sin lujos; con el aire de las antiguas construcciones de nuestra tierra, con muchos elementos de la zona –también de viejas casas en derribo de los alrededores– y, sobre todo, con el deseo de que sirvan para acercar las almas a Dios». Una vez hecha esa aclaración, que la experiencia posterior ha demostrado oportuna, monseñor Escrivá concluye pidiendo oraciones: «No dejéis de pedir a Santa María que llene de eficacia sobrenatural toda la labor que ya se ha empezado a hacer desde allí». En el mismo sentido escribe a don Manuel Gómez Padrós el 2 de abril y a don Martín Sambeat en la Navidad de 1974.

Esa carta a don Martín es respuesta a la que éste le dirige el 16 de diciembre: «Regreso de Torreciudad donde he asistido al retiro mensual, muy concurrido estaba y sobre todo fervoroso. Aquello es un refugio de paz y bienestar; qué magníficamente lo programaste: si vieras qué a gusto se encuentran allí los visitantes, por eso la afluencia cada día es mayor, falta hace la inauguración de la Basílica, pues la Ermita es a veces insuficiente. La nueva edificación a distancia da la impresión de suntuosa, de cerca debe ser maravillosa; los amigos allí residentes yo creo que en fecha no lejana harán que podamos admirarla».

Después de referirse a Torreciudad don Martín Sambeat pasa a hablar del viaje apostólico que monseñor Escrivá había hecho recientemente –del 22 de mayo al 31 de agosto– por Argentina, Chile, Perú, Ecuador y Venezuela. «Buscando siempre ocasiones –escribe– para saber de ti fuimos siguiendo con interés y afecto tus andanzas apostólicas por América, y a decir verdad, casi preocupados, está aquello muy lejos y nosotros ya no somos chicos».

En la respuesta, en la Navidad de 1974, monseñor Escrivá asegura que «también yo espero que terminen pronto las obras de la iglesia, que se está haciendo con mucho amor de Dios, con materiales corrientes en la comarca y utilizando elementos de derribo de la zona. Yo también deseo que esté pronto terminado todo, para que los fieles puedan rezar con más comodidad. Espero que no se tarde mucho».

Promoción social

En la correspondencia de 1975 destacan dos cartas de Gómez Padrós y de don Santos Lalueza, que vienen a insistir en los dos aspectos que don Josemaría valoraba más: finalidad espiritual del santuario, su influjo bené-

fico sobre personas de todo el mundo y, de forma indirecta, la promoción social que la afluencia de visitantes traería no sólo a la comarca sino a toda la región aragonesa.

El alcalde de Barbastro le cuenta el 15 de marzo que «hace muy pocos días, he visitado por varias veces el santuario. En una de ellas lo hice acompañado del Presidente y Vicepresidente de la Diputación de nuestra provincia, como asimismo estuvieron presentes Alcaldes de aquella zona y miembros del Patronato de Torreciudad. La finalidad era poder ver la manera de mejorar algunos accesos que, partiendo del santuario lleven hacia pueblecitos colindantes (Ubiergo, Secastilla, Bolturina, Puebla de Castro), desarrollándose todo con una gran cordialidad y ofreciendo el Presidente, en nombre de la Diputación, colaboración y ayuda para el fin mencionado».

A continuación el alcalde, que conoce bien el interés del fundador por la comarca, señala: «Interpreto que con ello puede cumplirse y realizarse una de vuestras aspiraciones cual es que toda la comarca participe de los innumerables bienes que de todo tipo ha de irradiar el día que esté abierto al culto y a la veneración de la Virgen el nuevo santuario». En esa línea se había manifestado monseñor Escrivá en varias ocasiones, entre otras en sus declaraciones a «El Cruzado Aragonés» en mayo de 1969.

También en carta que había dirigido al alcalde el 28 de junio de 1971 afirmaba: «En mi oración pienso tanto, por el bien espiritual de Barbastro y de su Comarca, no sólo en la Ciudad nuestra sino en todas esas tierras hacia el Pirineo, que podrían estudiar conjuntamente tantas soluciones comunes de cara a la industria y al turismo, que harían conocer muchas zonas bellísimas y acrecentar la economía en bien de todo ese pueblo, que merece esos esfuerzos vuestros –que todos deben comprender, dejando pequeños egoísmos– y me obliga a teneros constantemente presentes en mi oración».

En cuanto a don Santos Lalueza, afirma el 17 de marzo de 1975: «Torreciudad marcha ya. Los cursos de retiro tienen lugar constantemente. Es una siembra permanente de espiritualidad que tiene que producir un bien inmenso aquí y lejos de aquí».

La correspondencia escrita desde estas fechas hasta el fallecimiento de monseñor Escrivá guarda mayor relación con su visita a Barbastro (mayo de 1975), preparativos e impresiones posteriores, aunque continúan las referencias a Torreciudad. En el último párrafo de la última carta escrita al

alcalde, Gómez Padrós, el fundador señala el 3 de junio, veintitrés días antes de su muerte, que le pide «a Nuestra Madre de Torreciudad que os alcance tantas bendiciones de la Trinidad Beatísima. Vosotros, con esa devoción maravillosa a la Virgen –he comprobado una vez más vuestro orgullo santo de sentirnos hijos suyos– rezad también por mí y por mis intenciones».

La recuperación de la diócesis de Barbastro

Introducción histórica

El Concordato de 1851 determinaba la supresión de la diócesis de Barbastro, que debía incorporarse a la de Huesca y dejaba la catedral en la categoría de colegiata.

Hasta el nombramiento de don Pedro Cantero en 1952, Barbastro pasa casi un siglo sin obispo residencial. Son años que contemplan un interés constante de los barbastrenses por recuperar primero la titularidad de la sede episcopal y después por su conservación. Es un hecho que esas gestiones las promueven tanto los obispos que llegan a Barbastro como varias personas de la diócesis, guiadas por una visión de servicio a las almas. En este contexto aparecen las gestiones que realizó monseñor Escrivá, en permanente contacto con sus paisanos.

Aunque Barbastro recupera su condición episcopal en 1950, durante los años siguientes continúan en diversos momentos los temores en Barbastro sobre la desaparición de la diócesis, lo que explica el sentido de la correspondencia que monseñor Escrivá recibe incluso hasta el comienzo de la década de los años setenta.

Terminada la guerra civil y a pesar de que la situación eclesiástica en toda España se había normalizado, pasaba el tiempo y Barbastro esperaba con impaciencia el nombramiento de un nuevo obispo mientras crecían los temores que apuntaban a una desaparición de la diócesis.

Un viaje a Madrid

En el mes de julio de 1943 fueron a Madrid el alcalde de Barbastro, don José María Nerín, y don Santos Lalueza, canónigo de la catedral, con el fin de informarse del estado de la cuestión y en su caso para tratar de hacer las oportunas gestiones en favor de la diócesis. Allí, junto con otras personas, entre las que se encontraba monseñor Escrivá, visitaron al ministro de Justicia.

Según don Santos Lalueza «aquellas gestiones dieron su fruto con el tiempo. En 1946 –después de diez años de sede vacante– fue nombrado Obispo Administrador apostólico el Padre Arturo Tabera, que fue trasladado a Albacete en diciembre de 1950». Durante este período, por nota oficial de la Santa Sede al Gobierno español de 20 de diciembre de 1949 y Decreto Ley de 9 de enero de 1950, se elevó la administración apostólica de Barbastro a sede episcopal.

Los tres años transcurridos entre el viaje a Madrid y el nombramiento del padre Tabera se pasan en Barbastro entre la esperanza y la inquietud. En carta enviada a don Josemaría el 23 de julio de 1943, don Martín Sambeat hace votos para que con la colaboración de todos se pueda «conseguir lo que tanto deseamos los buenos católicos barbastrenses, ayudados por esa digna representación diocesana. No puedes imaginarte la buena impresión que los Sres. de la comisión trajeron por la excelente acogida y los desvelos de que fueron objeto por parte de uno de los mejores hijos de Barbastro. Para ti y juntamente con esa Junta de representación diocesana mi eterno agradecimiento por el gran interés que se han tomado por el asunto supresión Obispado, haciendo votos para que el trabajo de todos en este asunto no se vea malogrado».

El 21 de septiembre de 1944 el alcalde, José María Nerín, agradece a don Josemaría sus «desvelos y gestiones» y le pide que haga patente «al Nuncio el agradecimiento de esta ciudad y de todos los diocesanos por los buenos deseos que le animan a proveer esta Sede vacante». Un año después, el 5 de septiembre de 1945, le dice en otra carta que «a ver si ahora con la nueva orientación del Ministerio de Asuntos Exteriores podemos conseguir nuestros proyectos. Dios lo quiera».

Pesimismo

A fines de 1945 los ánimos en Barbastro son pesimistas, tal como se aprecia en una nueva carta de Nerín a monseñor Escrivá de 10 de noviembre: «Poco a poco se van enfriando los entusiasmos al ver que todos los ofrecimientos se han ido esfumando, sin que se tengan en cuenta para nada los sacrificios que se han realizado y la multitud de razones que aconsejan su rápida designación. Veo a la gente totalmente desanimada y convendría inyectar un poco de optimismo que, desgraciadamente, va desapareciendo».

Días después el pesimismo toca fondo al no figurar Barbastro entre los nuevos nombramientos episcopales. Así el 1 de diciembre de 1945 el

alcalde Nerín escribe a don Josemaría que «no puedes darte una idea de la penosa impresión que ha producido en Ayuntamiento, autoridades y pueblo católico de Barbastro, los recientes nombramientos de Obispos, sin que entre ellos figure el que debiera ocupar esta Sede. Y lo siento, no tanto por mí, sino por vosotros, que fuisteis los que disteis alas a nuestro entusiasmo, llevados de la mejor intención, y por esta abnegada Diócesis que no merece, luego del martirio sufrido, el pago que se le está dando».

El padre Arturo Tabera, obispo administrador apostólico

Por fin, a comienzos de 1946, Barbastro logra el nombramiento de un obispo administrador apostólico en la persona del padre Tabera y el alcalde Nerín envía un telegrama a monseñor Escrivá con este texto: «Con entusiasta felicitación, acepte sincero agradecimiento por nombramiento prelado diócesis». Por su parte Martín Sambeat escribe «agradeciendo infinito a todos los que habéis intervenido en dicho nombramiento».

El padre Arturo Tabera estuvo como obispo administrador apostólico de Barbastro hasta 1950, en que fue trasladado a Albacete. Antes de su partida la Santa Sede y el Gobierno español habían elevado la administración apostólica de Barbastro a sede episcopal, junto a las de Ciudad Rodrigo e Ibiza. El cariño y admiración del futuro cardenal Tabera por monseñor Escrivá es elocuente en las cartas que le dirige: «Tengo una verdadera e íntima alegría al saber de sus actividades, proyectos y triunfos en esa Roma bendita de tantos recuerdos y añoranzas para mí. Le tengo envidia en esta semiactividad en que me encuentro en esta parcelita. De buena gana renunciaba y me iba con Uds., si me admitían, a cooperar en sus magníficas empresas. ¿Me quieres? Que N. Señor continúe bendiciéndoles a manos llenas y que ese querido Opus Dei continúe trabajando denodada y generosamente por la gloria de Dios» (20 de enero de 1947)⁷. En Navidad de 1949 señala que pide «como siempre, que bendigas a todos a manos llenas, y haga fecundos sus afanes y sus actividades apostólicas, y que el Año que va a empezar señale en el campo de la Iglesia un avance del Opus Dei en todos los órdenes».

El interés de monseñor Escrivá por colaborar en la recuperación y mantenimiento de la diócesis es uno de los motivos que mueven al ayuntamiento de Barbastro a nombrarle hijo predilecto, aprobando la moción por unanimidad el 29 de marzo de 1947.

* * *

El margen de tiempo entre el restablecimiento de la diócesis y el nombramiento del primer obispo titular, don Pedro Cantero, debió generar honda preocupación en Barbastro, ya que, el 19 de junio de 1951 el alcalde, Tomás Lanao, señala a monseñor Escrivá: «Circula por ésta el rumor de que, probablemente, será suprimida esta Diócesis, cosa que nos tiene alarmadísimos, como es natural, dados nuestros sentimientos y tradición. Y deseáramos que nos dispense la atención de investigar e informarnos qué hay sobre supresión o próxima provisión de este Obispado, a fin de actuar, en el primer supuesto, oportuna y adecuadamente».

El año y medio de don Pedro Cantero en Barbastro

Por fin don Pedro Cantero, preconizado obispo de Barbastro, puede escribir el 3 de enero de 1952 a su gran amigo Josemaría: «El Santo Padre ha tenido la bondad inmensa de confiarme, precisamente en tu tierra, un cargo que yo jamás he buscado, antes todo lo contrario. He visto en ello la voluntad de Dios y mi única aspiración es santificarme y santificar a las almas al servicio de la Iglesia». Monseñor Cantero, que había conocido a Josemaría Escrivá en 1931, fue nombrado obispo de Barbastro el 22 de diciembre de 1951. Dos años después fue el primer obispo de Huelva y en 1964 era nombrado arzobispo de Zaragoza.

El 26 de enero de 1952 José María Nerín, de nuevo al frente del ayuntamiento barbastrense, comunica al Fundador del Opus Dei que el concejo ha decidido «comisionar a Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, D. Joaquín Mur Zaydín, D. José María Burrel, D. Mariano Cáncer Gómez, D. Enrique Padrós Clavero, D. Alberto O., D. Eusebio Lasala Gravisaco y D. Justo Mora Comas, hijos ilustres de esta Diócesis y Ciudad; y a D. José Ibáñez García, hijo adoptivo de Barbastro, para que, por delegación, en nombre y representación del Ayuntamiento, reiteren al nuevo Prelado el cálido homenaje de nuestra más respetuosa adhesión, y le ofrezcan la entusiasta colaboración de la Corporación Municipal, autoridades, organizaciones y pueblo católico de Barbastro».

El 2 de febrero de 1952 don Pedro Cantero, obispo preconizado de Barbastro, señala en carta a monseñor Escrivá que «tus paisanos parece que me han recibido con una gran cordialidad. Ya les quiero con toda mi alma. Ruega por mí para que el Señor me ilumine y me conforte en mi nuevo cargo». Le anuncia también que espera ser consagrado el 27 de abril en su pueblo natal, Carrión de los Condes (Palencia). En carta de 13 de mayo le comunica que «el próximo día 18 hago mi entrada oficial en

Barbastro. Excuso decirte que allí encontrarás siempre y a todas horas las puertas del Palacio y el corazón de este Obispillo, hermano tuyo, abiertas de par en par. Pruébalo y verás. Reza mucho por mí para que sea un santo Obispo y pueda hacer algún bien a tus coterráneos y a nuestra Santa Madre Iglesia».

Después de un año y medio al frente de la diócesis, en la que trabajó intensamente por la ampliación de sus términos, monseñor Cantero Cuadrado fue trasladado a Huelva. El 3 de enero de 1954 escribe a monseñor Escrivá: «me arrancan de tu pueblo natal, y salgo con pena, aunque voy tranquilo a Huelva. Reza por mí para que sepa y pueda responder a la confianza que en mí se ha depositado».

Monseñor Segundo García de la Sierra es preconizado obispo de Barbastro el 28 de julio de 1954 y el 14 de diciembre de 1959 será trasladado a Oviedo.

En relación con las gestiones que realiza en ese tiempo para la ampliación de la diócesis, el 30 de mayo de 1955 escribe monseñor Escrivá a don Francisco Izquierdo Trol que «he de hablar, en estos días, con Mons. Samoré, y le voy a entregar además una nota sobre nuestra diócesis. Espero que, con las oraciones y el empeño de todos, ya que el asunto es claramente conveniente para la Iglesia y para las almas, se llegará al éxito que deseamos». Monseñor Samoré era un alto dignatario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios y en 1967 sería nombrado cardenal.

Una ampliación menor de lo esperado

Durante el mandato de cinco años de monseñor García de la Sierra, en septiembre de 1955 se logró la ampliación de la diócesis, aunque Barbastro no recibió ni mucho menos todo lo esperado. Las gestiones seguirían con don Segundo y sus sucesores en pos de una segunda ampliación, que no llegaría.

Poco después, el 18 de febrero de 1956, señala también monseñor Escrivá a don Francisco Izquierdo: «Sé que el Señor Nuncio tiene tanto interés como nosotros en que esa diócesis de Barbastro cuente con los medios suficientes para el digno sostenimiento del Seminario y del clero. Por eso creo que conviene que S.E. Mons. Antoniutti conozca bien las gestiones todas que, en este negocio, se hayan de hacer. Escríbame con libertad, cuando lo crea conveniente, seguro de que para mí es una gran

alegría colaborar; y, si lo hace, dígame la diferencia –territorial y número de habitantes– entre la situación actual de la diócesis y la que tendría con arreglo al mapa que hemos entregado últimamente».

Don Francisco le envía los datos solicitados que monseñor Escrivá entrega en la Secretaría de Estado del Vaticano. Y el 3 de abril de 1956 le comunica: «Mis impresiones, como le escribo también al alcalde, son éstas: de parte del Vaticano y del Sr. Nuncio en Madrid, un deseo grande de atender pronto las justas peticiones del obispado de Barbastro. Pero es materia concordataria: por eso –yo ya he hecho hacer algunas gestiones– conviene quitar obstáculos, si es que los hay, en el Ministerio de Justicia y en el de Asuntos Exteriores. Muévanse en este sentido y, con la ayuda de Dios, espero que lograremos cuanto deseamos en servicio de nuestra diócesis barbastrense».

De nuevo sede vacante

La situación de sede vacante en que se encuentra la diócesis después de la etapa de monseñor García de la Sierra, mueve al alcalde, José María Cáncer Gómez, a escribir al fundador del Opus Dei el 1 de febrero de 1960. Le cuenta que don Santos Lalueza es vicario capitular por designación unánime del cabildo. «Sin embargo –dice–, la situación de Sede Vacante siempre es incómoda para una Mitra que sobrepasó agudos embates y positivos riesgos en fecha relativamente reciente, por cuyos motivos puedes imaginar nuestras preocupaciones y el deseo más vehemente de que en este punto –donde tan decisivamente nos ayudaste con anterioridad– vuelvas a estar con nosotros, para que en breve sea ocupada por Prelado digno de todos sus antecesores la Sede de San Ramón. Creo que tu voluntad y valimiento puestos al servicio de Barbastro nos traerá los frutos que esperamos».

La preocupación de Barbastro se desvanece el 27 de febrero, cuando el vicario capitular, don Santos Lalueza, comunica a las autoridades locales el nombramiento de don Jaime Flores como obispo, que hará su entrada en la diócesis el 29 de mayo, según avanza el alcalde, Cáncer Gómez, a monseñor Escrivá el 8 de mayo de 1960.

En el tiempo que dirige los destinos de la diócesis don Jaime Flores (1960 a 1970) se gestionan los oportunos permisos para la futura construcción del santuario de Torreciudad. Por otra parte su correspondencia con monseñor Escrivá es significativa de un gran afecto mutuo.

Un nuevo intento fallido de ampliar la diócesis

Superado en ese momento el problema de la sede vacante, las gestiones desde Barbastro iban encaminadas a una segunda ampliación geográfica de la diócesis como medio para garantizar también su definitiva supervivencia. José Manuel Casas Torres, catedrático de Geografía de la Universidad de Zaragoza, recuerda que «hacia 1966 llevé a Mons. Escrivá un estudio de reforma de los límites de la diócesis. Su preocupación eran las gentes aisladas en sus montañas y lo desatendidas espiritualmente que quedarían si se suprimía la diócesis»⁸.

El 17 de marzo de 1967 Modesto Pascau escribe al fundador unas palabras muy expresivas con ocasión de felicitarle su santo: «Y permítanos decirle que Barbastro y su mártir Diócesis confían en Dios y en Monseñor Escrivá para evitar –una vez más– el peligro de su desaparición y pide la ampliación geográfica de su territorio y así consolidar la tranquila continuidad de nuestra querida Diócesis».

En el mismo sentido Martín Sambeat escribe el 16 de abril con «el latente problema de la pervivencia de nuestra diócesis que, como muy bien sabes, hace años es motivo de preocupación y constante zozobra. No olvidamos (en el plural pueden leerse los Pascau, Nerín, Lacau, Samitier y tantos más) la decisiva aportación que pusiste para su continuidad, juntamente con otros buenos barbastrenses que por los años cuarenta residíais en Madrid. Ruégote querido José M.^a, hagas por este asunto cuanto sepas y puedas, sobre todo en estas circunstancias de reorganizaciones post-conciliares al parecer cruciales».

La carta de respuesta (2 de mayo de 1967) a Martín es prueba de que está realizando diversas gestiones y del espíritu sobrenatural con que las enfoca: «Aunque desde hace más de un año me ocupo de este problema, ya he aprovechado la información que me enviabas: tengo el orgullo –orgullo del bueno– de que, durante todos mis años de trabajo continuo, solamente he atendido las recomendaciones que se refieren a mi ciudad, sintiéndome cada día más barbastrense. Ahora, como en cualquier otro caso, mi primera fuerza es rezar: bien seguro de que el Señor no dejará de escucharnos para que se resuelva eficazmente esta preocupación. Te agradeceré que saludes con tanto cariño a Pascau, Nerín, Lacau, Samitier y todos los demás». Además en esos meses y a petición de monseñor Escrivá, Adriana Corrales le envía recortes de «El Cruzado Aragonés» que tratan el tema de la diócesis⁹.

Aunque la sucesión de don Jaime Flores al frente de la diócesis en la persona de don Damián Iguacén se realiza en un plazo corto de tiempo, esos meses de sede vacante deben causar alguna inquietud en Barbastro. El 5 de mayo de 1970 don Santos Lalueza envía noticias a monseñor Escrivá: «D. Jaime, al fin, tuvo que renunciar a esta Sede. Me ha dado mucha pena el verle roto y deshecho. Salió para Majadahonda y después Salamanca. Ayer me eligieron Vicario Capitular. Quiera Dios que sea por poco tiempo. Rece por mí y por esta “su” diócesis [...] espero que muy pronto sea cubierta la vacante, pero, no obstante, Vd. que es nuestro valedor, no deje de estar al tanto. Yo y todos se lo agradecemos». En una carta a don Santos de 18 de septiembre de ese mismo año le agradece «las noticias de esa querida diócesis de Barbastro. No exagero si le digo que les tengo a todos muy presentes, a diario, porque siento que es una deuda mía, de la que gozosamente nunca me veré dispensado». Le dice también que «como ya se ha hecho público el nombramiento del nuevo Obispo, le adjunto una carta, rogándole que tenga la amabilidad de hacérsela llegar, porque no sé si todavía continuará en Huesca».

El 11 de octubre es consagrado obispo en la catedral de Barbastro don Damián, que días antes, el 23 de septiembre, escribe al fundador de la Obra: «He recibido su carta, que estimo como merece. Tengo alegría de ser obispo de Barbastro, por muchas cosas. Tendremos ocasión de tratarnos y ayudarnos». Después de comunicarle la fecha de la ordenación episcopal le pide que ese día «tenga, se lo ruego, un recuerdo especial ante el Señor y acompáñeme en espíritu, ya que corporalmente estamos distantes». En un telegrama le agradece en nombre de la diócesis, de la ciudad y del suyo propio su felicitación y le pide de nuevo oraciones.

Un peligro siempre actual

Entre las felicitaciones de Navidad que llegan a Roma en diciembre de 1970, Modesto Pascau se refiere a los distintos avatares que ha sufrido la diócesis: «El día en que Barbastro se enteró de que el Santo Padre nos enviaba un nuevo Obispo y que nuestra querida Diócesis no desaparecía, yo, el último de los diocesanos, di gracias al Señor, pero me hubiera gustado muchísimo besar la mano de Monseñor, que yo sé que no era ajeno a la alegría inmensa que teníamos y que otra vez, como aquella hace varios años cuando gracias a Vos que tanto nos ayudó en aquel peligro de desaparición, no se ha olvidado de Barbastro y ha trabajado para que los católicos barbastrenses sigamos gozando de la inmensa dicha de tener un gran Pastor para las almas nobles de los altoaragoneses. ¡Muchísimas gracias Monseñor!».

El 27 de junio de 1972 don Julio Broto envía a monseñor Escrivá de Balaguer un ejemplar del Boletín Oficial del Obispado en el que el obispo don Damián «aborda –escribe don Julio– el candente problema de la ampliación de nuestra Diócesis». Le cuenta también la constitución de una junta para defender la diócesis y le señala que «los barbastrenses confiamos en que vuestra paternidad echará una mano para que este problema quede, finalmente, resuelto». El 14 de agosto de 1972 don Santos Lalueza le ruega que permanezca vigilante: «También en alguna ocasión he sentido la tentación de escribirle, porque me daba la sensación –sin saber concreta y taxativamente por qué–, que la diócesis peligraba. En el momento presente estoy más tranquilo, pero, por favor, esté alerta y vele por nosotros».

Honoris causa. *Impresiones desde Barbastro*

El 21 de octubre de 1960 monseñor Escrivá fue investido *doctor honoris causa* por la Universidad de Zaragoza a propuesta de la Facultad de Filosofía y Letras. Tanto el acto académico como la misa que celebró en la iglesia del Seminario de San Carlos tuvieron una alta participación de público, entre los que había varios grupos de barbastrenses, que pudieron saludarle en un encuentro en el palacio arzobispal.

Modesto Pascau le envió dos ejemplares de «El Cruzado Aragonés» con información del acto, que recuerda con «emoción y alegría». Martín Sabeat y Lola Lacau rememoran «con verdadero afecto la cordial reunión de Zaragoza» y expresan el deseo de «repetir aquí en tu pueblo, donde tantos amigos te admiramos y queremos. Mucho agradecemos el envío de las fotos que, como bien dices, serán para nosotros de grato recuerdo».

Por su parte el alcalde de Barbastro, José María Cáncer, le explica que no pudo asistir por enfermedad y se suma «al homenaje que tan justamente te rinde Zaragoza en nombre de todo Aragón, y aunque tu patria chica está tan dignamente representada con las autoridades y vecinos que se han desplazado, en nombre de la población entera no quiero dejar esta fecha sin testimoniarte mi adhesión con todo cariño».

Sí estuvo también el matrimonio Cándido Baselga y Elisa Cosculluela, que el 28 de octubre le escriben: «No creo –afirma Cándido– que en la citada Universidad se haya registrado nunca un acto tan brillante. Éste era el comentario unánime. Brillante y emotivo por la relevante personalidad a quien se concedía tan alta distinción; por la ingente labor realizada en la Fundación y Presidencia del Opus Dei; por tus excelsas y santas virtudes

sacerdotales; y por la fe ciega que inspira tu dirección en el camino de la cristiandad. Todo esto lo confirmaba el enfervorizado público que se apiñaba en aquel salón. Como católicos, aragoneses y barbastrenses, nuestro orgullo y satisfacción no tenía límites. Barbastro, a quien siempre he considerado como un pueblo algo apático e indiferente, supo despertar en esta ocasión con entusiasmo para sumarse a tan merecido homenaje y expresarte su admiración y respeto. Fue otro motivo de satisfacción para los que hemos nacido en la Ciudad del Vero».

1. **CARTAS ESCRITAS POR SAN JOSEMARÍA A ARAGONESES
O RESIDENTES EN ARAGÓN MENCIONADAS EN EL TEXTO,
ORDENADAS CRONOLÓGICAMENTE**

- 13-I-1935 D. José Pou de Foxá.
28-I-1935 D. José Pou de Foxá.
30-IV-1943 D. Juan Antonio Cremades.
19-IV-1948 D. Juan Antonio Iranzo.
22-X-1951 D. Antonio Rico Gambarte.
15-VIII-1954 D. José Joaquín Sancho Dronda y doña Pilar.
30-V-1955 D. Francisco Izquierdo Trol.
18-II-1956 D. Francisco Izquierdo Trol.
3-IV-1956 D. Francisco Izquierdo Trol.
25-IV-1958 D. José Orlandis.
9-VIII-1959 D. Pedro Cantero Cuadrado.
18-VIII-1959 D. Pedro Cantero Cuadrado.
1963-64 D. Vicente García Chust.
25-III-1964 D. José Joaquín Sancho Dronda y doña Pilar.
13-VI-1964 D. Modesto Pascau.
19-XI-1964 D. Juan Antonio Iranzo.
5-IX-1965 D. José Joaquín Sancho Dronda y doña Pilar.
2-II-1966 D. Ramón Celma.
2-V-1967 D. Martín Sambeat.
16-IX-1967 D. Juan Antonio Cremades.
18-XI-1967 D. Juan Antonio Iranzo.
25-XI-1967 D. Ramón Celma.
6-VI-1968 D. Modesto Pascau.
28-VIII-1968 Doña Adriana Corrales.
IX-1968 D. José María Pueyo.
24-III-1969 D. José Joaquín Sancho Dronda y doña Pilar.
21-V-1969 D. Benjamín Plaza Bardají.
30-IV-1970 D. José María Monterde.
18-IX-1970 D. Santos Lalueza.
13-I-1971 D. Pascual Albás y doña Conchita.
8-III-1971 D. Juan Antonio Iranzo.
III-1971 Doña Adriana Corrales.
4-VI-1971 Doña Adriana Corrales.
28-VI-1971 D. Manuel Gómez Padrós.
10-I-1972 D. Pascual Albás y doña Conchita.
5-VI-1972 D. Martín Sambeat y doña Dolores.

- 9-IX-1972 D. Miguel Sancho Izquierdo.
- 8-I-1973 D. Pascual Albás y doña Conchita.
- 26-I-1973 Madre Teresa Margarita del Espíritu Santo.
- 27-II-1973 D. Juan Antonio Iranzo.
- 1-X-1973 D. José Joaquín Sancho Dronda y doña Pilar.
- 18-X-1973 D. Martín Sambeat.
- 19-X-1973 D. Juan Antonio Cremades.
- 22-XII-1973 D. Juan Antonio Cremades.
- III-1974 D. Manuel Gómez Padrós.
- 30-III-1974 D. Martín Sambeat.
- 2-IV-1974 D. Manuel Gómez Padrós.
- 15-IX-1974 D. José Joaquín Sancho Dronda.
- 3-X-1974 D. Manuel Gómez Padrós.
- 8-X-1974 D. José Joaquín Sancho Dronda y doña Pilar.
- 25-XII-1974 D. Martín Sambeat.
- 24-III-1975 D. Manuel Gómez Padrós.
- 19-IV-1975 D. Juan Antonio Cremades.
- 3-VI-1975 D. Manuel Gómez Padrós.

**2. RELACIÓN DE LAS CARTAS ESCRITAS A SAN JOSEMARÍA
POR ARAGONESES O RESIDENTES EN ARAGÓN
MENCIONADAS EN EL TEXTO**

- 23-VII-1943 D. Martín Sambeat.
- 21-IX-1944 D. José María Nerín.
- 5-IX-1945 D. José María Nerín.
- 10-XI-1945 D. José María Nerín.
- 1-XII-1945 D. José María Nerín.
- 20-I-1947 Monseñor Tabera.
- 25-XII-1949 Monseñor Tabera.
- 19-VI-1951 D. Tomás Lanao.
- 3-I-1952 Monseñor Pedro Cantero Cuadrado.
- 26-I-1952 D. José María Nerín.
- 2-II-1952 Monseñor Pedro Cantero.
- 3-I-1954 Monseñor Pedro Cantero.
- 1-II-1960 D. José María Cáncer Gómez.
- 8-V-1960 D. José María Cáncer Gómez.
- X-1960 D. Modesto Pascau.
- X-1960 D. Martín Sambeat y Lola Lacau.

- X-1960 D. José María Cáncer Gómez.
- 28-X-1960 D. Cándido Baselga y doña Elisa Cosculluela.
- 1963-64 D. Vicente García Chust.
- 2-VII-1964 D. Modesto Pascau.
- 17-III-1967 D. Modesto Pascau.
- 16-IV-1967 D. Martín Sambeat.
- 26-V-1968 D. Modesto Pascau.
- 5-V-1970 D. Santos Lalueza.
- 23-IX-1970 D. Damián Iguacén.
- XII-1970 D. Modesto Pascau.
- XII-1970 D. Santos Lalueza.
- III-1971 Doña Adriana Corrales.
- 27-IV-1971 D. Martín Sambeat.
- 18-VI-1971 D. Manuel Gómez Padrós.
- 4-VIII-1971 D. José María Pueyo.
- 9-VIII-1971 D. Manuel Gómez Padrós.
- 21-XII-1971 D. Santos Lalueza.
- 12-III-1972 D. José María Pueyo.
- 14-III-1972 Doña Adriana Corrales.
- 27-VI-1972 D. Julio Broto.
- 14-VIII-1972 D. Santos Lalueza.
- VII-1973 D. Martín Sambeat.
- XII-1973 D. Santos Lalueza.
- 25-XII-1973 D. Manuel Gómez Padrós.
- IX-1974 D. Manuel Gómez Padrós.
- 16-XII-1974 D. Martín Sambeat.
- 15-III-1975 D. Manuel Gómez Padrós.
- 15-III-1975 Doña Esperanza Corrales.
- 17-III-1975 D. Santos Lalueza.

Notas

¹ Monseñor Escrivá conservó también desde los años veinte una gran amistad con don Carlos Sánchez del Río Peguero (Borja, 1897), secretario general de la Universidad de Zaragoza y profesor ayudante de don José Pou de Foxá, al que sucedió en la cátedra cuando éste se jubiló. Don Carlos formó parte de los tribunales que examinaron al santo de Derecho Romano y Derecho Canónico y siguieron tratándose años después, también porque don Carlos fue nombrado delegado del Gobierno en la Universidad de Navarra. De su primer encuentro, a principios de los años veinte, don Carlos recuerda que «ya me quedó la impresión –que luego fue confirmando– de su personalidad distinguida, su aspecto elegante, su naturalidad, sin ninguna afectación, ya que no era nada –absolutamente nada– pretencioso, sino al contrario, sencillo y alegre [...] era muy sociable con todo el mundo. Para cada uno tenía la palabra oportuna».

² Monseñor Álvaro del Portillo, el testigo más cualificado de la vida del santo, ha referido recientemente el horario habitual de monseñor Escrivá. Y al hablar del rato dedicado al despacho de la correspondencia afirma: «Estoy seguro de que el Padre no leyó ninguna carta sin rezar por la persona que le había escrito, y por el problema que se le exponía» (*Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Ed. Rialp, 1993, p. 54).

³ En el tiempo que ambos estudiaron Derecho, Iranzo formó parte de un grupo de compañeros a los que el santo dio clase de Latín para poder entender bien los Cánones y aprobar el Derecho Canónico. Monseñor Escrivá celebró misa en el oratorio privado de su casa, en algún viaje a Zaragoza, en los años cuarenta.

⁴ En su testimonio sobre el santo, don Carlos Sánchez del Río escribe: «Recuerdo que, en esta intimidad, me decía que era “anticlerical”. Luego aclaraba cuál era su “anticlericalismo” pero, aunque no lo hubiese hecho, quedaba siempre claro que era un sacerdote que no gustaba de privilegios “clericales” y, mucho menos, de determinadas formas estereotipadas que podrían contribuir a hacer caricatura y a dar una imagen del sacerdote poco agradable para la sociedad secular. Era muy amante del sacerdocio y de su sacerdocio. A pesar del sentido del humor que tenía y que manifestaba constantemente, no perdía –sino todo lo contrario– su gravedad en momento alguno».

⁵ En el libro ya citado de *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, su primer sucesor señala una conducta expresiva de esa visión universal: la primera carta que leía «siempre era la de Japón: aquellos hijos ocupaban un lugar especialísimo en su alma, porque estaban en un país maravilloso, con una lengua tan difícil, y en el que la mayor parte de la gente no conoce todavía a Cristo», p. 75.

⁶ El 29 de marzo de 1947 el ayuntamiento le había nombrado hijo predilecto de Barbastro y en 1971 le dedicó la avenida principal del ensanche de la ciudad.

⁷ Don Santos Lalueza recuerda que monseñor Tabera y él mismo –como secretario del obispo– almorzaron con monseñor Escrivá en Roma el 18 de julio de 1947. Les invitó en su residencia, un pequeño apartamento de la plaza de Città Leonina, donde el fundador barbastrense se alojaba con un pequeño grupo de miembros del Opus Dei, después de haberse trasladado a Roma, en junio de 1946.

⁸ RHF T-00160, p. 25.

⁹ El 28 de agosto de 1968 monseñor Escrivá envía desde Einsiedeln (Suiza) una postal a Adriana: «Mil gracias, porque sé que me has enviado a Roma más material sobre la diócesis. Te he recordado ante la Sma. Virgen. Tú reza también por mí. Te bendice *in Domino*, Josemaría».